



## CAPÍTULO XVI

### *La Eucaristía y la Inmaculada*

#### SUMARIO

Razón de este capítulo

#### *Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada*

##### *I.—En las profundidades del dogma.*

La Encarnación.—Caro Christi caro Mariæ.—El primer tabernáculo de Cristo fué el seno virginal de María.—Analogías dogmáticas.

##### *II.—En la extensión de su historia.*

Catacumbas.—Liturgias.—S. Albercio.—Literatura religiosa.—Escoto y los escolásticos.—Los santos.—Los controversistas.—Los devotos de ambos misterios.—Los artistas de ídem.

##### *III.—Y en las bellezas de su culto.*

Los primeros cristianos.—El culto de las flores á la Virgen y la Comunión.—Los solitarios.—Los paisanos.—Los monarcas.—Las órdenes militares.—Apariciones de la Virgen.—Pange lingua y Alabado.—Cofradías.—La Inmaculada glorificando á la Eucaristía.—Funciones eucarístico-mariales.—Resumen y conclusión.

**H**ay en la historia religiosa de la humanidad, entre los mil notables y extraordinarios que ensanchan los horizontes de la inteligencia y extienden los pliegues del corazón, un hecho verídico por lo palpable, hermoso por su idea, dulce por su hechizo, notable por su grandeza, extraordinario por sus efectos, simpático por sus atractivos, inmenso por su objeto, incomparable por su transcendencia, lleno de luz más potente que la del Sol, lleno de vida más exuberante que la de los organismos fecundísimos, cuya luz y vida derrama suave á la par que sin medida sobre el hombre que cree, sobre el hombre que espera, sobre el hombre

que ama. Es un hecho, centro de la vida del alma cristiana, que como el corazón es centro del organismo humano, y de él parte y á él converge la sangre que rocía y vivifica á éste, así, de ese hecho en cuestión arranca, y á él se dirige la fe y la gracia que rocían y vivifican el espíritu. Es un hecho, sólida base del Catolicismo, sobre el que se asienta toda la fábrica lindísima de la Religión divina. Es un hecho, conocido muy poco, porque es muy poco estudiado, porque en él se repara también poco. Es, digámoslo ya, el lazo dogmático, histórico, litúrgico y artístico entre el misterio de la Eucaristía y el misterio de la Inmaculada, lazo tan apretado é íntimo que constituye por su esencia el hecho ponderado, que vamos á examinar en el presente capítulo.

No vengo á tratar este punto para llenar unas cuantas páginas más, ya que esto sería vanidad imperdonable; ni como capricho religioso de imaginación ardiente, cuyo desenvolvimiento de nada serviría; ni como pura relación de un dogma con otro, ya que no podría entrar en el plan de la Obra; ni como asunto predilecto de los españoles, ya que todos los países, adorando al Dios del sagrario, veneran á su Madre, esmerándose por unir ambas ideas y ambos cultos en la expresión amorosa de una sola fe y de único entusiasmo: sino que vengo á tratarlo, porque el dogma de la Inmaculada en su estrecha y grata armonía con el de la Eucaristía le afianza y robustece, constituyendo una nueva prueba de su gran realidad. La carne de Jesucristo Sacramentado es carne de María Inmaculada; el nexa entre ambos dogmas ni puede ser más verdadero ni más resistente. La Virgen, aunque Madre de Dios, adora y glorifica á su Hijo, al Hombre-Dios Sacramentado; el misterio de la Inmaculada, por este vínculo con el misterio del Sacramento, no puede corroborar mejor la fe de la Eucaristía. Nosotros, venerando á María Inmaculada, adoramos al Dios del sagrario; nuestros cultos latréuticos hacia Jesucristo Sacramentado conducen á tributar el culto de hiperdulía á su Madre. Cuando en pública audiencia se va al trono del Rey, no puede menos de estar á su lado la Reina. ¡Qué lazo tan apretado entre los



dos Misterios! Y, ¡qué ideas tan fecundas no se desprenden de este singular acontecimiento! Al rayo de luz intensísimo que arrojan ambos focos de la fe para corroborarse mutuamente, debemos estudiar el curioso fenómeno teológico-histórico por ellos mismos ofrecido, y con eso la fe de la Eucaristía, ya que resultará más firme, lo será también más racional é ilustre.

Al efecto distribuyo tan bello asunto en tres partes: *Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada*: 1.<sup>a</sup> En las profundidades del dogma; 2.<sup>a</sup> En la extensión de su historia, 3.<sup>a</sup> En las bellezas de su culto.

## I

Como la flor sale del tallo y mediante la cooperación de los estambres y pistilos, sus órganos fecundantes, produce el fruto exquisito: así María, linda flor de la raíz de Jesé, surgió del místico tallo purificado de Joaquín y Ana y con la cooperación del Espíritu Divino, que santamente la fecundara, produjo á Jesucristo, inapreciable fruto. Todo el Catolicismo radica en la Encarnación del Verbo de Dios obrada en las castasentrañas de María. Á partir de este momento, María fué constituida por naturaleza Madre de Jesucristo, el Hombre-Dios. La maternidad de María y la filiación de Jesucristo vienen á ser un mismo dogma, puesto que bajo este respecto no podemos separar al Hijo de la Madre. Idea capitalísima que, formando por sí sola un largo curso de teología, debió ser el punto de partida para desarrollar en todos los tiempos los varios puntos del dogma católico y para orientarse en el culto debido á Dios y á su Madre, como debió ser también el eje incommovible sobre el que ha girado todo el edificio social cristiano. Una Virgen pura, Madre de un Dios santo. Quitemos un solo término á esta grata proposición y todo el cimentado edificio de la fe se viene abajo. El Hombre-Dios no puede ser Hijo de María si ésta no es virgen é inmaculada. Y aquí salta una de las primeras hermosísimas consideraciones de nuestra sólida fe, á saber: que de la Virgen Inmaculada no puede separarse en nada el dog-

ma de Jesucristo Sacramentado; y si no puede separarse en el dogma, menos lo podrá en la historia y en el culto del mismo. Quien crea en Jesucristo, si no es demente ó energúmeno, debe creer en su Madre inmaculada; quien ame á María debe por precisión amar al santo Hijo de sus entrañas.

Debido á esta razón indispensable, los santos Padres y Doctores han encontrado en ambos Misterios unas relaciones tan íntimas como provechosas. S. Agustín había dicho: *Caro Christi caro Mariæ*, y sobre esta verdad fundamental cimentaron sus grandes trabajos S. Bernardino de Sena y el eximio Suárez, llegando el primero á consignar: «Jesucristo recibió su carne de María, la cual nos dió esta misma carne para nuestra salud».

Jesucristo, en efecto, nos otorgó su Cuerpo y Sangre por mediación de su Divina Madre, la que, tanto como Él, se interesó porque nos aprovecháramos del Sacramento eucarístico que su Hijo instituyera. Si el Dios Sacramentado tiene su residencia en los tabernáculos del templo y de las almas, ¿quién, antes que nadie, fué el primer tabernáculo de Jesucristo, sino María su Madre? Acaso, al pensar nosotros que le recibimos en las interioridades de nuestro corazón, podemos olvidar que el seno de María fué su formatriz sagrario, cuna purísima de sus días, del que recibió la sangre de sus venas y con ella la virtud y la vida que á tal Madre correspondió otorgarle?

María Inmaculada es Madre del Dios Sacramentado, pero es también verdadera Madre nuestra. Al dirigir nuestras miradas suplicantes hacia nuestra buena Madre, por precisión hemos de clavarlas en su Divino Hijo, ya que Ella es la Madre común. María, al oírnos á nosotros, ve é intercede por nuestra salud. Ni María puede separarse del Hijo, ni nosotros, en las elevaciones de nuestra alma al cielo, podemos omitir á uno de los dos. Es que María, en frase de S. Pedro Damiano, tiene con Dios cierta identidad de naturaleza; casi confina con la Divinidad, añade sin reparo el Angélico.



En ambos excelsos Misterios hay preciosas analogías dogmáticas que precisa conocer. La Iglesia canta la mayor parte de los días en el divino oficio: *Jesu tibi sit gloria qui natus es de Virgine*. Juntamente con María quiere dar gloria á Jesucristo. *Per te, Maria, fructum vitæ communicavimus*, la dice también con frecuencia. Por tu causa, oh María, hemos participado del Fruto de la vida que es Jesucristo Sacramentado; y así como nos le muestras ahora en la Eucaristía, *muéstranos también el Fruto bendito de tu vientre, después de este destierro*, añade en la Salve. Siempre la Inmaculada junto con la Eucaristía. Fenómeno grandioso que nos revela la sublime corroboración de este arcano por aquel Misterio.

He ahí por que la historia de ambos dogmas ofrece asimismo un enlace apretadísimo. Veámoslo:

## II

En el silencioso mundo de las antiguas necrópolis cristianas, donde yacen en paz secular los sagrados restos de nuestros padres en la fe, á la rojiza luz de la tea encendida, se descubren sendos emblemas y preciosas imágenes de Jesucristo junto con su Madre. El arte podía estar entonces en pañales, si se quiere, pero la piedad tocaba el ápice de su perfección. Los artistas, que más que profesores del arte lo eran del Crucificado y de la dulce Virgen, en medio de las líneas sencillas, de los toscos perfiles y de las cortas sombras, sabían imprimir en sus producciones estéticas el sello característico de la unción cristiana. He ahí por que el viajero se conmueve hasta las entrañas al descubrir á la Virgen con el divino Niño sobre sus rodillas, bien lactándole, ora recibiendo con Jesús los presentes de los reyes magos. Siempre Jesucristo al lado de su Madre; y si es cierto que entre los preciosos emblemas del Sacramento eucarístico se cuenta el pez y el canastillo de los blancos panes, también lo es que junto á él se destacan repetidas veces la nivea paloma, el verde olivo y el áncora de la esperanza. Es que estas últimas significativas figuras representan á la Inmaculada, á quien debe-

mos venerar al doblar nuestras rodillas ante la Eucaristía.

Las antiguas liturgias, expresión natural del sentimiento divino apostólico, al reseñar las diversas partes del Sacrificio, y en uno de los momentos más augustos, canta febriles alabanzas á la Inmaculada, sin dejar de proseguir tributando los respetos y adoraciones al Sacramento. La liturgia de S. Marcos, poco antes de la consagración, y la de Santiago, momentos después, no saben separar las ideas de la Eucaristía y la Inmaculada y, arrancando al pecho del sacerdote calurosos aplausos, se expresa en esta última del siguiente modo: «Principalmente sea dada alabanza á la Santísima, *Inmaculada*, sobre todas bendita, gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen María», á lo cual los cantores, apoyando tan firme creencia, añadían: «Digno es que á ti, en verdad bienaventurada, por todos conceptos *irreprehensible* y Madre de nuestro Dios, más digna de honra que los querubines y más gloriosa que los serafines, pues sin corrupción (ó mancha) pariste al Verbo de Dios, á ti, pues, Madre divina, volvemos á engrandecer...»

Los que en punto á devociones quieren ver solamente la mano del hombre, ó la inspiración divina en tiempos cercanos á los nuestros, para formar el concepto de que el culto de la Eucaristía y la Inmaculada es moderno y que, por consiguiente, no está encarnado en la misma naturaleza de la Iglesia, pueden inspirarse perfectamente en el epitafio que S. Albercio, obispo de Hierápolis en Frigia, en tiempos de Marco Aurelio, mandó grabar con destino á su futuro sepulcro, y allí verán en gruesos é inteligibles caracteres el paralelismo de la fe y el culto en el Sacramento y la Inmaculada. «La fe distribuía, (son sus palabras) á cada uno de los fieles cristianos el mismo espiritual alimento, el *Ychthys*, el augusto y divino *Pez* de la fuente sagrada que primeramente fué recibido por la Virgen sin mancilla y que perpetuamente es ofrecido á los amigos de Dios...» (1).

No quisiera pasar adelante sin saborear aún más los tesoro-

(1) Véase el tomo III, donde se inserta el texto íntegro del epitafio.



ros invaluable exhibidos en los notables documentos de la antigüedad cristiana, que comprueban las anteriores líneas. Son los ministros de Dios los que en las catacumbas y casas particulares celebran el Sacrificio Eucarístico á honor del Omnipotente, pero á la vista y con la idea de venerar á la Inmaculada María; son los confesores de la fe los que antes de sufrir horriblos tormentos comulgan á Cristo Sacramentado, para ser fuertes en la decisiva batalla que el demonio y el mundo les presenta, sin olvidar de encomendarse á la pura, á la santa Madre de Dios, que les asiste á veces visiblemente en unos trances tan azarosos; son los santos Padres, quiénes, al tomar la pluma para desbaratar los funestos errores antieucarísticos, no la dejan hasta redactar entusiasmas loores por la Inmaculada; y desde S. Ignacio mártir, quien escribe que Jesucristo es carne de la carne de María, y Tertuliano que la defiende contra Marción, hasta S. Cirilo de Alejandría que en el Concilio de Éfeso la ensalzó, combatiendo la herejía de Nestorio, y haciendo que doscientos obispos á una voz exclamasen: *Santa María, Madre de Dios...*: todos ellos supieron enlazar el dogma eucarístico con el dogma inmaculado.

Pero es preciso abandonar los siglos primeros para introducirnos en los restantes que nos ofrecerán también valiosas pruebas en confirmación de la tesis que estudiamos. Á medida que subimos los peldaños del tiempo, con el crecido número de los profesores de Cristo, se despierta el afán de propagar la fe católica, valiéndose plausiblemente de los medios estéticos para presentarla más simpática á los pueblos. La literatura religiosa no dejó de cooperar grandemente al arraigo unísono del doble dogma eucarístico é inmaculado. Sedulio, mientras canta los prodigios del Salvador, dice de María que «es la más santa entre las mujeres, semejante á la rosa llena de dulzura que se levanta por entre la zarza enredada entre las espinas las cuales no pueden ofenderla». S. Gregorio obispo de Tours cuenta los milagros de la Inmaculada después de los del Salvador, y el célebre Pascasio Radberto, al propio tiempo que de sus escritos en defensa de

la transubstanciación tuvo suspenso al orbe católico, en su libro *De partu Virginis*, consigna la opinión de que María Santísima *no contrajo la culpa original*. Siempre el Hijo recibiendo los honores á la par que su Madre.

Al hundirse en las tinieblas el siglo XIII para ver la luz el XIV, hubo un corto período de tiempo en que el sagrado lazo de la Eucaristía y la Inmaculada fué apretado aun más, debido al fuerte impulso que le comunicara un humilde cuanto sabio franciscano, conocido con el sobrenombre de *Defensor de la Inmaculada*. Era el sutil Escoto. Amaestrado en la palestra de las escuelas, todo el mundo sabe que en la Sorbona, al pronunciar en obsequio de la Virgen el famoso argumento: *Potuit, deuit, ergo fecit*; los grandes doctores del universo inclinaron su laureada frente y, llevados de febril entusiasmo, declararon celebrar anualmente la fiesta de la Concepción inmaculada, juntamente con no admitir al doctorado á todo aquel que antes no emitiese el juramento de defender la entonces opinión de Escoto y su escuela. Pues bien; este mismo religioso era el que con toda la profundidad posible estudió y demostró el Misterio de los altares, de tal modo, que el cielo, así como obró un portentoso milagro inclinando la cabeza de la escultural imagen en corroboración del dogma inmaculado, así también los obró para autorizar la doctrina eucarística de Escoto, según revelación del ángel al Beato Amadeo Lusitano.

Santo Tomás y S. Buenaventura, al propio tiempo que escribían sendos artículos sobre el Sacramento del Altar, se aproximaban en sus declaraciones sobre la Inmaculada á la opinión de los Menores. Eran todos los escolásticos los que, al ocuparse de un Misterio, se sentían con suave violencia arrastrados á ocuparse del otro.

Pero, ¿acaso Nuestro Padre S. Francisco de Asís, al infundir en sus hijos el amor y devoción á Jesucristo Sacramentado, no ordenaba al propio tiempo que todos los sábados se cantase una Misa en obsequio de la Concepción Inmaculada? ¿Acaso Nuestro Padre Santo Domingo no predicaba una doble cruzada contra los herejes de su tiempo, la



cruzada de la palabra para combatir los errores sobre la Eucaristía y la cruzada no menos formidable del *Rosario* para tranquilizar las conciencias y elevarlas á Dios? ¿Acaso S. Bernardino de Sena, del prolongado éxtasis ante el augusto Sacramento, no pasaba al dulce arrobamiento en la Inmaculada; y Santa Catalina de Sena que veía en las manos del sacerdote sacrificante, en el momento de alzar, un horno encendido, no conversaba de allí á poco con la Virgen Madre? ¿No fueron los reyes y el ejército los que, á imitación de la Iglesia, vestían de gala lo mismo en el Jueves Santo y día de Corpus que en la Anunciación y Asunción de Nuestra Señora?

El monstruo que no podía sentir bien de la castidad porque él no era casto, no podía humillarse tampoco ante la invicta pureza de la Madre de Dios. Lutero aparentó no creer jamás en la Inmaculada Concepción de María. «Quisiera, decía, que alguno me proporcionase un medio decoroso para abolir las festividades del Corpus y de la Concepción sin mancha y con ello me haría un gran beneficio». Abrigaba en efecto, repulsión extrema hacia dichos hermosos dogmas, porque constituyen los dos quicios sobre que giran admirablemente las formidables puertas del Catolicismo, pero, en vano: los hombres de recto sentir le declararon cruda guerra, y unos, como Juan Eck, le combatían terriblemente, escribiendo con acierto sobre ambos dogmas, y otros en el púlpito, al arengar á los novadores, no dejaban de serles muy familiares los temas del Sacramento y la Inmaculada.

Después del siglo XVI, á causa sin duda del odio protestante contra los Misterios de que nos ocupamos, la Iglesia vió surgir de los claustros, de los seminarios y hasta de los hogares un sinnúmero de fervorosos adalides que se propusieron con todas sus fuerzas consolidar la fe de los pueblos en el Sacramento y la Pureza de María. D.<sup>a</sup> Teresa Enríquez, llamada en su siglo: *La loca del Sacramento* por su indecible amor á la Eucaristía, si levanta esbeltas iglesias en honor de este bello Misterio, no deja de erigir otras á honra de la Pureza de la Virgen. Sixto IV había otorgado á la

Misa y oficio de la Inmaculada la misma Indulgencia y remisión de pecados que, en virtud de una constitución de Urbano IV, consiguen los que celebran ú oyen la Misa y oficio del Sacramento Santísimo. Con este obsequio, la Iglesia estimuló el fervor católico para que se derramara en loores de ambos preciosos dogmas. El Apóstol de Andalucía, beato Maestro Ávila, aconsejaba á los sacerdotes la devoción á la Virgen soberana como la mejor preparación para la santa Misa. El beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, funda un opulento colegio con magnífica iglesia para dar culto esplendoroso al Sacramento Santísimo, y al propio tiempo declara por patrona de los mismos á la Inmaculada. El P. Hernando de Mata, Apóstol de Sevilla, el canónigo Vázquez de Leca, el gaditano Diego Granado, el napolitano Pedro A. Espinel y otros muchos fervorosos católicos, al mismo tiempo que ensalzaban las glorias de Jesucristo Sacramentado, defendían con ardor la Concepción Inmaculada de María.

Los conceptistas, bien que algunos con gusto algo exagerado, componían innumerables versos en honor del admirable nexo de ambos misterios. Los romanceros del siglo XVII intentaban felizmente componer loas, chanzonetas y autos, con tal arte enlazadas las ideas del nexos en cuestión, que es curiosísimo leerlas y saborearlas. Los pintores, como Juan de Juanes, que exhibían al público el Divino Salvador mostrando la hostia y el cáliz consagrados, y á continuación la Inmaculada según la describe S. Juan en el Apocalipsis, pintaban de rodillas las imágenes de María después de haber fervorosamente comulgado. La religión, la literatura y el arte se habían aunado para dar á conocer, extender y perfeccionar la idea de ambas devociones estrechamente unidas, y el pueblo, que gustaba de una forma semejante del culto, saboreaba hasta la saciedad las producciones de los sacerdotes y artistas célebres de aquellos tiempos, precisamente porque veía en ellas el eco fiel de los suspiros de su alma.

### III

En todo lo expuesto hasta aquí, hemos visto no sólo el



nexo histórico y literario del Sacramento y la Inmaculada, si que también la consecuencia que de él espontáneamente se deriva, á saber: que un Misterio es apoyado y confirmado por el otro. En efecto, los pueblos quisieron ver siempre al Hijo junto á la Madre, al Redentor de los hombres al lado de la Corredentora de los mismos, al Dios que se sacrifica incruentamente, en las manos de la Virgen, quien por mediación de los sacerdotes lo ofrece tantas cuantas veces es preciso para el bien de la humanidad; y, al dar al Sacramento los obsequios perfumados del oloroso incienso, manifestaban de alguna manera sus incondicionales adhesiones á la Inmaculada.

Para que resalte aún más el vínculo religioso de ambos dogmas, menester es que nos fijemos en los preciosos datos que nos suministra la fe y la piedad de los pueblos en pro del doble Misterio. Esa bella Virgen que había de parir, á la que los druidas, desde mucho antes de la era cristiana, ofrecían sacrificios en una gruta, es la misma Virgen á la que los apóstoles y demás discípulos del Señor, puestos en derredor suyo, contemplaban con respeto y lágrimas en los ojos; es la misma Virgen que, aun en carne mortal, se aparece á Santiago en Zaragoza y le ordena construir un templo á su honor, para que sobre el altar dedicado á la Madre se celebren los sacrificios incruentos del Hijo; es la misma Virgen á la que los santos Padres de los primeros siglos atribuyen juntamente con Jesucristo la salvación del género humano; es la misma Virgen á la que los primitivos y sencillos cristianos no dejaban de invocar en el acto más sublime del Catolicismo; en la Comunión y Santa Misa.

Aquí hemos de enlazar la poética forma del culto mariano llamado con razón: *culto de las flores á la Virgen*. Las flores, seres bellísimos y encantadores de la naturaleza, que Dios crió para alfombrar con variedad armoniosa el inmenso campo del universo, para perfumar con ricas esencias el espacio, para recrear al hombre con su graciosa vista y para sanar con su aplicación diversas dolencias; las flores tienen en el reino de los emblemas una significación alta, sublime,

divina. Si las flores son el ornato del universo, María es el ornamento de la Iglesia; si las flores aman instintivamente el aire y el sol, María ama indefectiblemente al Sol de justicia; si las flores nos dan la miel, María nos dió á Jesucristo; si las flores nos proporcionan exquisitos perfumes, María nos facilita preciosas virtudes; si las flores son puras, María es inmaculada. De esta Señora purísima ha consignado el Espíritu Santo: «Es como las rosas en la primavera y como los lirios cerca de la corriente del arroyo, ó el árbol oloroso del incienso. Es como la oliva que brota, y como el ciprés que crece á mucha altura, ó como el cedro del Líbano», (1) y la misma santa Virgen, haciéndose eco de las glorificaciones que de ella hace su divino Esposo, añade: «Me ensalcé como la palma en Cades y como un plantel de rosales en Jericó; como oliva graciosa en los campos y como plátano en las plazas junto al agua; como el cinamomo y bálsamo aromático, di fragancia; como mirra escogida, di suavidad de olor... Yo, como terebinto, extendí mis ramos y mis ramos son de honor y de gracia; como vid, fructifiqué con suave olor y mis flores son frutos de honor y honestidad» (2). Es que las flores en el reino de los emblemas denotan á la santa Virgen, la cual con ningún otro ser natural mantiene analogías más exactas y numerosas. Por algo Santo Tomás, días después de haber sido sepultada la Virgen, al desear contemplar el precioso cuerpo de María y abrir el sepulcro que le contenía, sólo halló olorosas flores esparcidas en el fondo. ¡Ah! las flores simbolizan á María, y la Religión Cristiana, que es toda poesía, quiso y supo hablar á sus hijos «respecto á la Virgen» con el sublime lenguaje de las flores. He venido á expresar estas sencillas ideas para consignar que los primitivos cristianos, al tejer con las flores la guirnalda para María, la dieron mayores dimensiones, para ornar también con ella el Sacramento augustísimo, á cuyos pies lucía, cual hermoso escabel, la Inmaculada.

(1) Eccli. 50—8.

(2) Eccli. 24.